

che; y en el camino le contaré á vd. lo que ha pasado.

Los dos malvados se dirijieron adonde el carruaje les esperaba, subieron á él, y poco despues caminaban hácia la capital.

En el mismo instante en que ellos partian, salia tambien el coche en que marchaban Doña Anita y Cruz.

Soledad los vió pasar; les saludó tristemente, y continuó su camino á pié, en medio de una espesa nube de polvo que levantaban los carruajes, los caballos y el inmenso gentío que volvía de la fiesta.

CAPITULO XIII.

Constancia en el mal.

—Vamos perdiendo terreno, doctor.

Decia Duval paseándose á largos pasos por su cuarto.

—Demasiado lo veo.—Contestó Willey que permanecia sentado y con la frente apoyada en la mano izquierda.

—Ese Nuñez, ese en un tiempo miserable mendigo, á quien Dios confunda, va adquiriendo una influencia poderosa en el corazon de D. Emilio, mientras yo voy perdiendo la que ejercí hasta la aparicion de ese maldito cuaderno.

—Por fortuna que hasta ahora hemos conseguido hacerle sospechar que, cuanto

se dice en ese cuaderno puede ser una invencion de los amigos de Leopoldo, para que éste alcance la mano de Clotilde.

—Sí; pero en el instante que se convenza de su autenticidad, lo cual será muy pronto, si no logramos que las visitas de Nuñez á D. Emilio sean menos frecuentes, mi desgracia es segura, porque Clotilde será la esposa de Leopoldo.

—¿Y cómo se evita lo primero?

—Insistiendo vd., como ya le he dicho, en que Clotilde no puede sanar sino se le lleva á Texcoco á cambiar de aires.

—No hay dia que no manifieste á D. Emilio la necesidad de esta medida.

—Así Nuñez, que es hombre ocupado, no podrá abandonar la ciudad, y yo que no me separaré del lado del señor Landeta, volveré á ganar en su corazon la influencia que he perdido.

—Volveré, pues, á insistir; y si es preciso, manifestaré que estoy dispuesto á abandonar la curacion para que llamen á otro médico, puesto que no se cree conveniente hacer lo que yo ordeno.

—Eso: Entonces D. Emilio, que tiene á vd. por un gran médico, no permitirá que vd. se retire, y hará de modo que Clotilde salga de esta ciudad.

—¿Y si Nuñez tiene el capricho de ir á pasar esa temporada en Texcoco?

—Imposible: es hombre ocupado, y ademas no puede abandonar á Leopoldo, á quien por fortuna no se le da permiso de visitar á Clotilde, hasta no saber que es cierto cuanto el cuaderno contiene.

—Pues á pesar de sus ocupaciones, ese Nuñez es el diablo, y es capaz de estar á un mismo tiempo en México, acompañando á su amigo, y en Texcoco, persuadiendo á D. Emilio.

—No lo crea vd.

—Yo todo lo creo de él. Y si no, ¿podíamos pensar jamás que cuando la fuerza armada caia sobre él y sobre los conspiradores en la Villa de Guadalupe, lograrse del gobierno, en vez del fusilamiento ó destierro que merecian, las consideraciones y la mencion honorífica hecha en el "Diario del Gobierno?"

—Ciertamente que no.

—El oficial sorprendió á los conjurados, se apoderó del documento firmado, y aquel documento que estoy persuadido era el acta levantada para derrocar al gobierno, se convierte en una representacion patriótica en que le pedian los que allí se habian reunido, se les emplease como simples soldados en el ejército que se halla en S. Luis, dispuesto á combatir con los norte-americanos. ¿Cómo se efectuó esta trasformacion? Lo ignoro.

—Yo me la explico juzgando al oficial un insensato que tomó un documento que tenian preparado en caso de ser sorprendidos, en vez de apoderarse de la verdadera acta de pronunciamiento.

—Puede ser muy bien: ó que se dejó sobornar por alguna gruesa cantidad de onzas que pondrian en sus manos.

—De cualquiera manera, el hecho está explicado, sin que haya en él nada de extraordinario.

—Ciertamente.

—Pero en Texcoco estaré yo; y si, como

no espero, se resuelve á hacer algunas visitas, serán tan infructuosas, que pronto se desesperará de sus inútiles pasos.

—Pues yo hablaré á D. Emilio, y le diré la necesidad que hay de que Clotilde salga de la ciudad, si se quiere que recobre su salud.

—Sí; no descuide vd. de pintarle el peligro que corre la vida de la jóven si permanece por mas tiempo en México.

—Pierda vd. cuidado:—dijo el doctor levantándose y cogiendo su sombrero:—no perdonaré medio para conseguirlo.

—¡Oh! entonces se lo deberé á vd. todo.

—Adios, señor Duval.

—Adios, señor Willey.

Y Duval quedó halagado con la esperanza de arrancar á Clotilde fuera de la capital, mientras el doctor se dirigia á casa de D. Emilio.